

La génesis de una novela olvidada: *Tres pesetas de historia* (1983), de Vicente Soto

The genesis of a forgotten novel: *Tres pesetas de historia* (1983), by Vicente Soto

María MARTÍNEZ DEYROS

Autoría:

María Martínez Deyros
Universidad de Valladolid. España
maria.martinez.deyros@uva.es
<https://orcid.org/0000-0002-9154-7575>

Citación:

MARTÍNEZ DEYROS, María (2024). «La génesis de una novela olvidada: *Tres pesetas de historia* (1983), de Vicente Soto», *Anales de Literatura Española* (41), pp. 115-137. <https://doi.org/10.14198/ALEUA.24710>

Financiación:

Este trabajo se enmarca dentro de la Ayuda Posdoctoral Uva (Convocatoria 2020) y del Proyecto de I+D+i – PGC Tipo B. FRACTALES. Estrategias para la fragmentación en la narrativa española del siglo XXI (PID2019-104215GB-I00).

Agradecimientos:

Todos los manuscritos, cartas y grabaciones utilizadas en el proceso de reconstrucción de la escritura de la novela son de propiedad de la familia Soto. Especialmente, agradecemos a Isabel Soto García por su colaboración y disponibilidad.

Fecha de recepción: 01/03/2023

Fecha de aceptación: 30/06/2023

La autora declara que no hay conflictos de intereses.

© 2024 María Martínez Deyros

Este trabajo se comparte bajo la licencia de Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional de Creative Commons (CC BY-NC-SA 4.0): <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/>.



Resumen

Este trabajo supone un intento de recuperar a un autor y una novela olvidados de nuestra historia literaria. Vicente Soto, escritor valenciano exiliado en Londres, publica en 1983 *Tres pesetas de historia*, obra que anticipa el boom de las narraciones de memoria histórica. El artículo presenta como objetivo principal la reconstrucción de la génesis de la novela, que permitirá demostrar el complejo proceso de creación literaria. Asimismo, se aportan ocho cartas inéditas que Vicente Soto escribió a Antonio Buero Vallejo, en las que el autor facilita datos relevantes sobre la Génesis. También ayudarán a completar el epistolario que ambos escritores intercambiaron a lo largo de su vida.

Palabras clave: Vicente Soto; narrativa de la Guerra Civil; epistolario; memoria republicana española; Antonio Buero Vallejo.

Abstract

This work is an attempt to recover a forgotten author and novel in our literary history. Vicente Soto, a Valencian writer exiled in London, published *Tres pesetas de historia* in 1983, a work that anticipated the boom in historical memory narratives. The main aim of this study is to reconstruct the genesis of the novel, which will allow us to demonstrate the complex process of literary creation. It also includes eight unpublished letters that Vicente Soto wrote to Antonio Buero Vallejo, in which the author provides relevant data on the genesis and will

help to complete the collection of letters that the two writers exchanged throughout their lives.

Keywords: Vicente Soto; Narrative of the Civil War; Epistolary; Spanish Republican Memory; Antonio Buero Vallejo.

Recuperación de un autor y de una novela olvidados

Vicente Soto Iborra pertenece, según Ignacio Soldevila, a aquella segunda promoción de posguerra de escritores nacidos entre 1912 y 1922, que comienzan a publicar después de sus compañeros de generación histórica, como Cela o Delibes, y que manifiestan «una nueva actitud frente a la literatura» (1980: 184-185). A pesar de haber ganado importantes premios, en todos los géneros cultivados por él, como el Lope de Rueda, la Hucha de Oro, Hucha de Plata y el Nadal (Mistrorigo, 2020; Gracia y Ródenas, 2011: 146), Soto ha sido, en general, un autor obviado por la crítica. Las causas aducidas por los pocos estudiosos que se han ocupado de su obra en profundidad residirían, principalmente, en que se mantuvo al margen de los conciliábulos y polémicas literarias de la época y por su lejanía física, al residir fuera del país (Ródenas, 2016; Mistrorigo, 2018).

Debido a su pasado como combatiente del bando republicano durante la Guerra Civil y a su ideología de izquierdas, en 1954 tomó la decisión de fijar su residencia en Londres. Claudio Guillén aludió a la «variedad referencial» que denota la palabra «exilio», a «la diversidad de realidades» que encierra en sí y a «los diferentes grados de realidad que lleva implícitos» (1998). Esta diversidad se observa en el poco consenso de la crítica a la hora de tratar la figura del autor valenciano, puesto que su exilio fue voluntario y motivado, principalmente, por cuestiones económicas¹, aunque el autor insistió en que en su determinación siempre jugó un papel importante la política: «se me dijo que podía vivir en España a condición de que me resignase a no poder

1. Mientras Valls se resiste a considerarlo dentro del exilio político (Mistrorigo, 2018: 8), otros como Luis Suñén se refirieron a él como «novelista transterrado», aunque esta visión «entusiasta» implícita en la acepción gaosiana del término creemos que contrasta vivamente con la imagen y experiencia del propio Soto, quien llegó a vivir su autoexilio como verdaderamente traumático: «Ha sido especialmente grave la expatriación porque Londres es un sitio totalmente antitético con respecto a cualquier población española, desde el punto de vista vital y psicológico» (Cruz, 1978). Por su parte, Mistrorigo adopta el concepto de «dispatrio» del italiano Meneghello para incidir en la separación y desdoblamiento generados en el sujeto ante el sentimiento de extrañeza producido en un lugar que se reconoce como propio (2018: 7-8).

vivir»². Y si bien Soto no negó nunca la gratitud que sintió hacia Inglaterra, al haberle proporcionado la estabilidad económica y la libertad que en España jamás habría tenido, encarna igualmente el drama de aquellos hombres que ya adultos «pierden su tierra y no ganan la ajena» y experimentan por ello un proceso de «inadaptación» doloroso.

Este fuerte sentimiento de desarraigo generará uno de los temas más importantes de su narrativa: la añoranza de España. Por tanto, la nostalgia junto con la búsqueda del tiempo perdido y el *humildismo*³ serán las características que recorran toda la obra narrativa del autor valenciano. En 1992, en el discurso del pregón de fiestas que Vicente Soto pronuncia en Castellar⁴, aludía a esa «querencia obsesiva» que siente el exiliado o emigrante por su tierra:

¿Sabéis a qué vuelven? A encontrarse con ellos mismos; siguiendo impulsos irresistibles, más hondos que el de la razón, a reconocerse oyendo las campanas del pueblo, viendo los escenarios en que jugaron cuando niños, caminando por calles y plazuelas del pasado, hablando a árboles viejos, a hombres viejos. Porque, en definitiva, añorar es añorarse.

Y será precisamente esta añoranza la que funcionará como nexo de unión de los dos hilos argumentales de *Tres pesetas de historia*. La obra presenta una estructura compleja, al estar formada por dos historias que discurren de forma paralela a lo largo de los treinta y ocho capítulos de la novela; diecinueve de los cuales desarrollan la investigación que realiza el escritor ya maduro, Viz, a raíz de un descubrimiento fortuito que le lleva a regresar a España en busca de respuestas. Siguiendo el hilo de los objetos hallados por azar, entrevista a diferentes supervivientes de la Guerra Civil, cuyos testimonios va registrando la «puñetita japonesa», la grabadora que le acompaña durante todo el viaje, y en la que encierra esas voces del pueblo en un intento de reconstruir la historia colectiva.

Las grabaciones, las cartas reales, las tres pesetas (incluidas en la portada y contraportada de la primera edición) se convierten en objetos significantes que, por un lado, avalan la veracidad de lo relatado y, por otro lado, sirven para construir un relato ideológico y subjetivo de los hechos, desde el punto de vista de «uno que perdió la guerra» (1983).

2. La cita está extraída de una entrevista que realizaron al escritor en un programa de televisión, la cual fue grabada y se conserva en BR_CASETE_VICENTE_SOTO_1, en archivo familiar.

3. Con el término «humildismo» se refería Dámaso Santos en 1973 a la predilección de Vicente Soto por erigir en héroes de sus historias a seres humildes, pobres, elementales, como los niños, los obreros, los campesinos y, como no, los emigrantes o exiliados.

4. Documento perteneciente al archivo familiar.

Asimismo, los testimonios de estos personajes sirven al autor para rememorar su propia historia en los diecinueve capítulos restantes, los cuales se insertan de forma alterna a los anteriores, siguiendo esta vez un orden alfabético. En efecto, Soto siente la necesidad, a medida que avanza la redacción de la novela, de incorporar una segunda trama en la que ficcionaliza el proceso de aprendizaje del niño Títin, quien experimentará progresivamente una transformación de Vicentín a Vicente, hasta llegar a convertirse en el comprometido joven, amante de la poesía y del teatro, que decide alistarse en las filas republicanas. De esta forma, retoma la línea evocativo-poética ya desarrollada con éxito en *La Zancada*, galardonada con el Premio Nadal en 1966 (Ródenas, 2019).

Génesis de la novela

Tanto el epistolario como los manuscritos de trabajo conservados confirman que el proceso de escritura de *Tres pesetas de historia* se entrecruza y, hasta cierto punto, converge con el del «novelón», en palabras del propio autor, titulado *Como un dolor* (Buero y Soto, 2016: 408)⁵; obra que, tras una larga sequía creativa, Soto logra finalizar en julio de 1979, tal y como consta en las dos copias mecanoscritas conservadas.

A marchas forzadas, y aprovechando «los magros minutos que a veces me brindan mis viajes en metro y en autobús» (Buero y Soto, 2016: 408), Soto logra terminar el manuscrito de *Como un dolor* a tiempo de ser presentado al premio Heliodoro. En diversas cartas lamenta el autor a su buen amigo «Toni» que sus obligaciones profesionales absorban la casi totalidad de tu tiempo y que, por tanto, su actividad literaria se vea reducida a estos viajes de ida y vuelta de casa al trabajo, los fines de semana y las vacaciones. Sin duda, estas condiciones bajo las que se ve forzado a escribir influyeron en la propia estructura de las obras (Ródenas, 2019); caracterizadas por el fragmentarismo, la hibridez y el continuo reciclaje de textos de un proyecto a otro. Pero también nos permiten comprender la frustración generada en el autor tras descubrir el escándalo que rodeó el premio Heliodoro (Buero y Soto, 2016: 418-419)⁶.

5. En la selección y edición que Ródenas (2016) realiza de la correspondencia entre el escritor y Buero Vallejo, el crítico ya apuntaba esta idea, enfatizada en la conferencia pronunciada en 2019, en el marco de las jornadas que la UNED organizó en torno a la obra y figura del escritor valenciano: «confluye una novela ya preexistente, *Como un dolor*, con un proyecto nuevo que viene a incardinarse en el otro, y no al revés». Asimismo, su edición del epistolario resulta fundamental para comprender la honda y sincera amistad que unió a los dos escritores.

6. Para profundizar en la polémica surgida a raíz de este premio pueden consultarse los trabajos de Pereda (1979), R.M.P. (1979) y García Viñó (1980).

A pesar de la enorme desilusión recibida, Soto permanece esperanzado, ya que la editorial Argos Vergara, a través de Manuel Cerezales, parece estar interesada en su publicación. Sin embargo, el manuscrito no fue finalmente admitido y esto impulsó al autor a introducir una serie de cambios en el texto, «de cosas que un último análisis me revelaba como no indispensables. Todo eso soldado o refundiendo pasajes desunidos, cortando, pegando, alterando el orden y la numeración de las páginas» (2016: 424). Más adelante, en esta misma carta del 10 de marzo de 1980, comunicaba a Buero su hipótesis sobre las posibles causas que pudieron motivar el rechazo de Cerezales, quien previamente le había confesado no haber sido capaz de concluir la lectura de las últimas páginas de la novela:

El número de la tercera de esas páginas es el 247. El original que leía C. tenía 269 páginas, Esa 247 estaba, pues «unas veinte páginas» antes del final. Quien, en la misma conversación («confesión» la llamé) me señaló que él iba a misa todos los días, ¿no lanzaría un vade retro iracundo terminada la lectura de las tres páginas adjuntas y se persignaría, ya sin fuerzas para dar fin a la lectura? (2016: 425).

En efecto, el cotejo de las dos copias mecanoscritas conservadas de *Como un dolor* corrobora las palabras del autor y confirmaría que el primer testimonio, de una extensión de 269 páginas, sería la versión que envía al premio Heliodoro para su valoración. En un segundo momento, probablemente sobre una copia del original, se llevaron a cabo las diversas reescrituras, mediante las que suprimió distintos pasajes, reduciendo la novela a 258 páginas.

Ante la ausencia de otros datos que permitan establecer una cronología más precisa sobre la historia de génesis de esta obra, consideramos, por el momento, que la versión que llega a manos de Ricardo Muñoz Suay, vinculado en esa época a la editorial Bruguera, sería la segunda, puesto que, en esa misma epístola del 10 de marzo, Soto indica cómo Vicente Muñoz Suay le sugiere enviar el manuscrito a su hermano Ricardo. Sin lugar a duda, la primera versión seguía en manos de Cerezales, tal y como lo confirma el propio autor en carta del 17 de mayo de 1980, cuando comenta que este le ha vuelto a escribir para ofrecerle la novela a Castillo Puche, presidente de la Editorial Nacional (435); y el 21 de septiembre admite no sorprenderse si «Cerezales tuviese aún el mamotreto en un cajón» (439). Es decir, ante la instancia de Buero a «enviar otra copia directamente a Castillo Puche, o bien a apremiar a Cerezales para el envío» (carta del 24 de mayo de 1980), Soto habría optado por la segunda opción, pues la correspondencia parece confirmar que nunca llegó a expedir ninguna copia a Castillo Puche, pero que este sí recibió la novela de manos de Cerezales, aunque no es posible precisar el momento. En efecto, este manuscrito con la

primera versión de la novela lo recuperó Soto dos años después gracias a su hija Isabel (Anexo I, carta 1.^a, 9 de octubre de 1982).

A pesar del rechazo de Bruguera y del insultante informe recibido, firmado por un «tal Müller», seudónimo tras el que – sospecha – se oculta alguien que «no se ha enterado en absoluto de lo que pasa en la novela» (2016: 431), parece mostrarse definitivamente decidido a «desguazar» «el libro maldito y a [aprovechar] en relatos diversos o en alguna otra novela todo lo aprovechable. Para esto me doy buena maña» (2016: 435). Y casi un año después, en junio de 1981, y ante la ausencia de noticias de la Editorial Nacional, Soto da prácticamente por perdida la publicación, lo que le lleva a plantearse el definitivo abandono del proyecto (Anexo I, carta 2.^a, 24 de junio de 1981).

Sería precisamente en este punto, en el que comenzaría a entrelazarse la historia de génesis de las dos novelas, el abortado proyecto de *Como un dolor* y el naciente *Tres pesetas de historia*. En septiembre de 1980, mientras espera el dictamen de la última editorial, confiesa estar «a punto de meter[se] por los derroteros fascinantes de una extraña obra» (Buero y Soto, 2016: 439). Como convenientemente ha señalado Ródenas, *Tres pesetas de historia* partió de un «acierto accidental» (2019), pues tuvo su origen en un hallazgo fortuito, cuando su mujer, Blanca, y él localizaron, detrás de un cuadro religioso comprado en el Rastro de Madrid, un «atadito» que contenía una carta, con firma ilegible, fechada en Villacarrillo, provincia de Jaén, el 15 de diciembre, dirigida a una señora de nombre Josefa Villar: «Muy Sra. mía: Hoy mismo le remito un giro de 12,50 pts. que pertenecieron a su marido q.e.p.d. – Eran trece pesetas pero menos 0,35 centimos [sic] de poner el giro y un sello que le remito que con el importe del giro y esta suma las 13'00 pts. – Saludos». Junto a esta nota se encuentran unas cuantas pesetas de circulación en la zona republicana durante la guerra; otras tres, exclusivamente pertenecientes a un municipio de Castellar; un escudito de la UGT; y una hoja de una pequeña libreta con la dirección de otra mujer: «M.^a Juana Román, calle Campillo, Cheste (Valencia)». Soto afirma haber tenido un primer encuentro ese verano con Pedro, uno de los hijos de M.^a Juana Román, el cual residía por entonces en Cheste y le confirmó que su madre, durante la contienda, fue teniente alcalde de Villacarrillo, condenada a muerte y encarcelada hasta su definitivo destierro en Valencia (2016: 439-442).

La curiosidad por desentrañar el misterio que rodea estos objetos le conduce a viajar en dos ocasiones más a España: la primera, a finales de 1980; y la segunda, en abril del año siguiente. El cotejo de la información contenida en las cartas conservadas, las grabaciones y algún apunte manuscrito nos permiten situar cronológicamente el primer viaje a principios de diciembre de

1980. En carta inédita autógrafa, fechada en diciembre de ese año, pero escrita probablemente como respuesta de la que le envía Buero el 9 de ese mes, Soto informa a su corresponsal de su regreso a Londres en esos días (Anexo I, carta 1.^a, diciembre de 1980).

Asimismo, una nota ológrafa descubierta recientemente en el archivo familiar sitúa al matrimonio, Vicente y Blanca, en el cementerio de Villacarrillo el 7 diciembre de 1980⁷:

La más quién de quién:

Hoy (PTD for fecha) hace 3 años estábamos your mum y I con Vte, F'x y las [ilegible] cónyuges de ambos, en Villacarrillo. A estas horas, 11.00 de ahí, en el cementerio, buscando agujeros de luz [subrayado con tinta roja]. X la tarde fuimos a Castellar. T[ambién] con Juanjo.

Listen, temo q[ue] el certificado adjunto, expedido con subnormalidad consular típica, no te sirva (viene a decir que estás trabajando aquí desde que tenías 6 años). Intenta, sin embargo, con cara inocente, que te lo acepten. La verdad es que no es más que un papel de trámite. Te mando esto desde la ofi. Yo qué le voy a hacer si no me quiere nadie. Kissón. Pande.

La nota está dirigida a Isabel Soto, quien residía por entonces en Madrid, y resulta importante porque aporta una información imprescindible para desentrañar la verdadera identidad que se esconde tras el personaje de Bofarull, el más enigmático e inverosímil de todos los incluidos en la novela. Tras esta máscara se ocultan tres grandes amigos que acompañaron al matrimonio Soto en su periplo: el médico Félix Marco, el arquitecto Juanjo Estellés y el escritor Vicente Muñoz Suay⁸, quien aparece mencionado en la «Nota preliminar» y falleció justo antes de ver publicada la novela.

Asimismo, una de las grabaciones a la que hemos tenido acceso (BR_MICRO_VICENTE_SOTO_2_B) ratifica los hechos. En la cinta un hombre, sin identificar, lee la carta que, el 1 de diciembre de 1980, escribe Pedro Muñoz Tavira, residente en Madrid, a Manolo y Catalina, Cándido y Cándida en la ficción. En ella el remitente confirma haber obtenido los permisos necesarios para trasladar los restos de su padre a un nicho, lo cual asegura estar programado para el domingo 8 de ese mes. La misiva sirve a modo de invitación para que asistan a la exhumación de Antonio Muñoz Cayuela, quien, según la

7. La nota está escrita en la hoja de una agenda, en cuyo verso se puede leer la fecha: «Wednesday 7 December 1983». Según el testimonio de Isabel Soto, «La más quién de quién» sería una «pregunta retórica paternal» empleada para «constatar que solo tenía una hija y que por tanto era *la más*. A mi hermano le decía, *el que más*».

8. Según la periodista Bel Carrasco, la muerte sorprendió a Vicente Muñoz Suay «de noche, mientras escribía, y al día siguiente le concedieron el premio Blasco Ibáñez por su novela *El trayecto*» (2022).

información obtenida en la Fundación Pablo Iglesias, fue compromisario del PSOE para la elección de presidente de la Segunda República por Jaén y alcalde de Villacarrillo desde el 17 de octubre de 1938 hasta el 30 de marzo de 1939. Posteriormente, fue encarcelado y fusilado el 12 de diciembre del último año de la contienda.

En efecto, la documentación confirmaría la veracidad de las fechas en las que se inserta la investigación del protagonista Viz. De esta forma, podemos situar en España a Vicente Soto hacia los últimos días de noviembre o principios de diciembre de 1980, pues tras una breve estancia en Barcelona y Valencia, se traslada en autobús hasta Villacarrillo el 6 de diciembre, con la finalidad de asistir a la exhumación de Antonio Muñoz Cayuelas el día 7.

Además, el escritor aprovecharía este primer viaje para acudir a la exposición «La guerra civil española», organizada de octubre a diciembre de 1980 en el Palacio de Cristal del Retiro de Madrid por la Dirección General del Patrimonio Artístico, Archivos y Museos del Ministerio de Cultura, y que aparece incorporada en la diégesis de la novela a partir del capítulo 13.

Si bien no se refleja en la obra, en abril de 1981 Soto realizó una segunda visita a esos «poblachos de Jaén en que vive la gente y en que están los muertos que me han metido en esta novela» (2016: 456). En una extensa carta que escribe entre el 10 y el 12 de mayo de ese año, el escritor proporciona algunas particularidades de ese viaje y manifiesta, por primera vez, su intención de terminar el manuscrito a tiempo para presentarlo al premio Planeta. Su motivación reside, quizá, no tanto en ganar el codiciado galardón, sino más bien en obtener «un segundo puesto no imposible o una publicación provocada por el interés intrínseco del libro» (2016: 456).

En cuanto al proyecto de *Como un dolor*, en marzo de 1981 sigue pendiente de recibir la primera copia, aún en manos de Castillo Puche. Y, aunque en este momento solo le interesa recuperar el manuscrito, que «será utilizad[o] antes o después» (2016: 452), sin especificar nada más, en la siguiente carta de mayo, apenas mencionada, parece vincular directamente las historias de los dos proyectos narrativos: «A la vez, parte de ese texto [*Como un dolor*] encajaría maravillosamente – misteriosamente – en mi novela actual (2016: 457).

A fin de lograr cumplir con los plazos, planea solicitar un permiso en su trabajo desde junio hasta agosto. Sin embargo, a finales de junio ya es plenamente consciente de la imposibilidad de terminar la novela a tiempo: «Llevo ya casi un mes en casa trabajando todo cuanto puedo en mi novela. Comprendo que no puedo llegar a presentarme a ninguno de los concursos que me interesan. He hecho un esfuerzo bestial, al extremo de terminar algunos días con bastante fiebre (alarmante)» (Anexo I, carta 2.^a, 24 de junio de 1981). Y,

nuevamente, lamenta la pérdida del manuscrito de su novela anterior, a pesar de la insistencia con la que lo ha reclamado.

Finalmente, y después de otra pausa de tres meses en su oficina, de abril a junio de 1982, Soto logró presentar la novela, bajo el título de *Desde una buhardilla de Palmers Green* y tras el seudónimo de Pedro Bread, en la convocatoria del XXXI Premio Planeta de ese año. La elección del sobrenombre responde a un intento de evitar otra situación embarazosa, como la vivida en la «cabronada del Heliodoro aquel (aquel fraude vergonzoso, en el que mi nombre verdadero se barajó hasta el final) no la vuelvo a sufrir» (2016: 472). Y no andaba desacertado el autor, cuando el 8 de octubre muestra sus titubeos a Buero y su intención de retirar el manuscrito del premio (Anexo I, carta 3.^a, 8 de octubre de 1982), pues su «Buhardilla» – aunque estuvo dentro de las veintitrés novelas seleccionadas⁹ – no llegó a pasar a la final.

Pero, Soto, quien en parte – suponemos – esperaba este desenlace, no se arredra y, poco después de conocerse el fallo del jurado, envía su novela a la editorial Plaza & Janés, a través de Enrique Badosa. Mientras, por su parte, Buero intercede por su amigo ante Rafael Soriano, nuevo directivo de Argos Vergara, quien parece mostrarse bastante interesado en el proyecto (2016: 474). De esta forma, esperando – y anhelando – el «no» definitivo de Badosa, pretende ganar algo de tiempo con Soriano, excusando el retraso en el envío del manuscrito con las correcciones que está incorporando al texto final (Anexo I, carta 4.^a, 6 de diciembre de 1982). Soto no recibirá la respuesta, esta vez positiva, de Argos Vergara hasta febrero de 1983. La obra será incluida en «la colección más prestigiosa, *Las cuatro estaciones*, de la que hacen lanzamientos importantes» (2016: 478), con una tirada inicial de 25.000 ejemplares. La inminente publicación, en marzo de ese año, obliga al autor a trabajar sin descanso durante esas semanas, pues a la ingente cantidad de «papeles traducidos que revisar (asambleas, conferencias)», que le exigen sus obligaciones profesionales, tiene que corregir «a contra reloj» las pruebas de imprenta de la novela, «amén de las mil notas y notitas que me han pedido que escriba como base para la bibliografía que ellos necesitan preparar» (Anexo I, carta 5.^a, 12 de marzo de 1983).

Resulta imposible, por ahora, abordar las diferentes reescrituras que Soto realizó sobre el texto de su novela, aunque sí podemos asegurar, sin precisar las fechas de ese cambio, que, por un lado, modificó el título hasta en tres

9. Así lo atestiguan diferentes noticias publicadas el 7 y el 9 de octubre de 1982 en el diario *Ya* y en *Las Provincias*, respectivamente. En la edición XXXI del Premio Planeta resultó ganador Jesús Fernández Santos con *Jaque a la dama*, quien concursó bajo el seudónimo de *Finisterre* y con el título inicial de *En un jardín*.

ocasiones, con seguridad entre septiembre de 1982 y principios de marzo de 1983. De *Desde una buhardilla de Palmers Green* pasó a *No ha habido carta de Bernabé* hasta el definitivo *Tres pesetas de historia*. Probablemente, esta variación surgió a instancias de Buero Vallejo, pues en la carta del 9 de octubre de 1982, el autor realiza una breve mención: «(ya hablaremos un día de ese título, qué más da ahora)» (Anexo I, carta 3.^a, 9 de octubre de 1982). Además, recordemos que ya con el anterior proyecto, su buen amigo Toni le sugiere escoger otro rótulo más adecuado, pues encuentra *Como un dolor* «rotundo sentimentalmente, por la palabra *dolor*; pero, al mismo tiempo, ambiguo: *como un*», además de «sonar[le] a tópico: a manera vulgar de hablar del dolor» (2016: 427). Por otro lado, el cotejo de los manuscritos demuestra que el autor tomó determinados fragmentos de *Como un dolor*, insertándolos sin apenas modificaciones en el texto de *Tres pesetas*... Sin poder extendernos más en este punto, sí podemos precisar que el argumento principal de la primera obra no coincide con la historia del niño Vicentín narrada en la segunda; por lo que sospechamos que el autor, profundamente decepcionado por la mala fortuna del proyecto, decidió desmembrar el manuscrito, destinando algunos fragmentos a la novela que tiene entre manos (*Tres pesetas*...), y lo retomó en un ulterior momento a fin de seleccionar otros pasajes para su siguiente narración larga, *Una canción para un loco* (1986). De hecho, en algunos márgenes del manuscrito que contiene la segunda versión de *Como un dolor* se aprecia la siguiente indicación: «Novela de Paquito», aludiendo al personaje principal de la obra de 1986.

Tres pesetas... se publica, finalmente, en marzo de 1983 y a principios de abril tiene lugar su presentación oficial en Madrid, apadrinada por Buero Vallejo. Aunque Soto parece mostrarse al principio relativamente satisfecho y manifiesta guardar en su memoria «el recuerdo de tu presentación» como «uno de los buenos momentos inolvidables de [su] vida» (Anexo I, carta 6.^a, 13 de abril de 1983) y a pesar de que sí surgen diversas reseñas laudatorias de la novela, los dos amigos son conscientes de la escasa repercusión que tuvo el evento y de sus notables ausencias (Ródenas, 2016: 362). Por la lectura de su intercambio epistolar podemos deducir algunas de las razones de este silencio: la mala relación que Buero Vallejo mantenía con algunos críticos españoles; la residencia de Soto fuera del país, lo que le excluía de los «cachipucheos» (2016: 479); y, en definitiva, el haber sido relegados al ostracismo por el cambio generacional, tanto a nivel político como cultural (Ródenas, 2016: 362).

Conclusiones

Tres pesetas de historia no puede ser considerada como una novela más de las muchas que se escribieron sobre la Guerra Civil, pues la mezcla de ficción y

realidad, –incorporando a su propia autobiografía novelada documentos y testimonios reales y ficticios –, la hibridación genérica y el recurso a la intermedialidad y a la metaficción hacen de esta obra un documento excepcional en su época, presentándola como clara pionera de las actuales novelas de memoria histórica, «que buscan restituir la memoria de los vencidos y fue tal vez la primera que narró una exhumación» (Ródenas, 2016: 361).

La obra sale a la luz dentro del arco temporal que Macciuci ha considerado como la segunda etapa en el tratamiento literario de la contienda, que se corresponde con los años del tardofranquismo y la naciente democracia; aquella que engloba a autores que, como Muñoz Molina, no vivieron en primera persona el conflicto bélico y que reconstruyen su representación en la novela, o bien a través de los recuerdos y experiencias familiares, o bien a través de historias pertenecientes «a la memoria colectiva del lugar de origen» (Martínez, 2015: 65).

Sin embargo, es preciso tener en cuenta que cuando Soto publica esta obra es ya un autor maduro – cuenta con sesenta y cuatro años – y relata una historia que le toca de cerca, pues él mismo ha sido testigo y superviviente de esa guerra y, al igual que el protagonista Viz se sentirá «inexorablemente comprometido a escribir el libro, condenado a escribirlo como condenado a muerte» (1983: 250). Esa obligación que siente el escritor reside en la necesidad de dar voz a unos personajes silenciados por la Historia, desde la visión de «uno que perdió la guerra». Pero estos testimonios también le sirven al autor para contar su propia historia a través de ese *alterego* ficcional, desdoblado en el adulto Viz y el niño Vicentín:

Pero ocurre que, vamos, cree uno que lo que ocurre es que, así como la historia del pasado primero se lee y luego quizá se vive, la historia del presente primero se vive y luego quizá se lee. Y si además uno no es aún él del todo, que está haciéndose y empezando a protagonizar su propia historia y asombrándose de ella, los gritos y los ecos y los rumores del bosque que le rodea le suenan en general a música celestial [...] Llegarían los diligentes historiadores a convertir el bosque en jardín recortándolo y ordenandos hechos, cifras, fechas. Arrancándole la maleza de la vida. Pero... ¿Comprendes? Cómo no se les va a escapar alguna de estas florecillas silvestres, venga ya, qué saben ellos de melancolías, de evocar... (1983: 65).

En una inversión de la pirandelliana fórmula Viz se convierte en un autor en busca de sus personajes, los cuales «habían estado escondidos cuarenta años detrás del cuadro que Bla comprase a unos gitanos en el Rastro madrileño». Este protagonista responde a esa categoría definida como «intelectual líquido» (Martínez, 2015: 256.), es decir, que se presenta como un personaje «identificable», no solo con el lector, sino con el resto de personajes, de esos seres

humildes que pueblan la obra. Así, nos encontramos con un escritor «golpeado por lo cotidiano», «paralizado ante la escritura», con la perenne incertidumbre que le provoca el paso del tiempo. La ficcionalización de ese proceso de escritura le conduce a sentirse como un personaje más de la novela que está escribiendo y a comprender que esos personajes que él ha imaginado durante el primer boceto de la obra ya existen en realidad: de esa forma, encuentra a Pedro como «un personaje como el que puede surgir ante ti, ya hecho en las palabras de una novela. Sólo que este era más fantástico. Éste era un campesino de Jaén que había vivido ya sesenta y tres años, cuarenta de ellos en Cheste» (1983: 9).

Unánimemente, la crítica ha situado el auge de la novela de memoria histórica a principios del siglo XXI, con la publicación señera de *Soldados de Salamina* (2001), de Javier Cercas (Gómez, 2006; Larraz, 2014; Martínez, 2015: 11, entre otros). Se relaciona este *boom* con la apertura social que permitió la Democracia (Moreno-Nuño, 2006; Izquierdo, 2013), lo que propició la construcción de una memoria histórica desde unas posturas militantes y afiliativas (Faber, 2011). Sin embargo, en la obra de Vicente Soto creemos que se encuentran presentes muchos de los elementos apuntados como característicos de la novela de la memoria histórica, donde la denuncia de los estragos de la guerra fratricida, las persecuciones, las torturas y los fusilamientos aparece de forma velada y explícita en boca de los diferentes personajes, de aquellos *donnadies*, *topotones* (Mistrorigo, 2018), que recorren su obra narrativa. Asimismo, cumple con las características de aquel tipo de novelas contemporáneas que vertebran su acción a través del procedimiento de la llamada «investigación de escritor» (Martínez, 2015). Es decir, son novelas que presentan en su estructura un hallazgo, al que sucede la curiosidad, obsesión e investigación del escritor, por un deseo de descubrir la verdad, donde la ficcionalización del proceso de escritura juega un papel fundamental y la difuminación de las fronteras entre la realidad y la ficción son constantes, a lo que contribuye la inserción en el cuerpo del texto de documentos reales, como fotos, cartas o grabaciones.

Bibliografía citada

- BUERO VALLEJO, A. y V. SOTO (2016), *Cartas boca arriba. Correspondencia (1954-2000)*, D. Ródenas de Moya (ed.), Madrid, Fundación Banco Santander.
- CARRASCO, B. (2022), «Entrevista a Vicente Muñoz Puelles», *MAKMA*. Revista de artes visuales y cultura contemporánea, 25 de junio, <https://www.makma.net/vicente-munoz-puelles-editorial-pretexos/>
- CRUZ, Juan (1978), «Vicente Soto: “Más de veinte años en Londres han marcado mi obra Literaria”», *El País*, 24 de marzo.

- GARCÍA VIÑÓ, M. (1981), *Novel del Premio Heliodoro de novela, Máscara y rostro de los premios literarios*, Cuenca, Editorial Fundamentos.
- FABER, S. (2011), «La literatura como acto afiliativo. La nueva novela de la Guerra Civil (2000-2007)», *Contornos de la narrativa española actual (2000-2010). Un diálogo entre creadores y críticos*, Madrid, Iberoamericana, pp. 101-110.
- GUILLÉN, C. (1998), *Múltiples moradas: ensayo de literatura comparada*, Barcelona, Tusquets.
- GRACIA, J. y D. RÓDENAS DE MOYA (2011), *Historia de la literatura española. 7. Derrota y restitución de la modernidad. 1939-2010*, Barcelona, Crítica.
- GÓMEZ LÓPEZ-QUIÑONES, A. (2006), *La guerra persistente. Memoria, violencia y utopía: representaciones contemporáneas de la Guerra Civil española*, Madrid, Iberoamericana.
- IZQUIERDO, J. M. (2013), «La narrativa del nieto derrotado. Últimas novelas sobre la Guerra Civil española», *ANPE-Norge. IV Congreso nacional: Un ciclo con la reforma educativa «Kunnskapsloftet»*, 19-21/09-2012.
- LARRAZ, F. (2014), «La Guerra Civil en la última ficción narrativa española», *Studi Historica. Historia Contemporánea*, 32, pp. 345-356.
- MISTRORIGO, A. (2020), *La narrativa breve de Vicente Soto. Una aproximación*, Valladolid, Difácil.
- MISTRORIGO, A. (2018), «Vicente Soto entre Inglaterra y España: narrativa breve de un dispatriado», *Ínsula*, 857, pp. 7-11.
- MORENO-NUÑO, C. (2006), *Las huellas de la Guerra Civil. Mito y trauma en la narrativa de la España democrática*, Madrid, Ediciones Libertarias.
- PEREDA, R. M. (1979). «Escándalo en el fallo del Premio Heliodoro», *El País*, 31 de octubre.
- R.M.P. (1979), «Heliodoro, ¿una broma de amigos?, *Triunfo*, Año XXXIII, n.º 876, 10 de noviembre, p.57.
- RÓDENAS DE MOYA, D. (2019), «Descanonización y estilo. Dos reivindicaciones», *Exiliado en el aire: Recordando al escritor Vicente Soto (1919-2011)*, UNED, <<https://canal.uned.es/video/5dc51bd65578f255a476d656>> [consultado el 10/01/2023]
- RÓDENAS DE MOYA, D. (2016). «Introducción», *Cartas boca arriba. Correspondencia (1954-2000)*, Madrid, Fundación Banco Santander, pp. 9-22.
- SANTOS, D. (1973), «Presentación», *Casicultos de Londres: seis sobre gentes de aquí y de allá y tres sobre españoles*, de Vicente Soto, Madrid, Magisterio Español.
- SOLDEVILA, I. (1980), *La novela desde 1936*, Madrid, Alhambra.
- SOTO, V. (1983), *Tres pesetas de historia*, Barcelona, Argos Vergara.
- SUNÉN, L. (1983), «Un testimonio colectivo de la Guerra Civil», *El País*, 28 de agosto.

Anexo I

[carta 1.^a]

Queridos:

Una semana hace que llegué de ahí. De repente he comprendido que el calendario me ha desbordado. Tiempo desbarajustado por los viajes, atiborrados de recuerdos, imágenes, adioses, holas, esperanzas, desesperanzas... ya te escribiré, Toni. Pronto. Sin fórmulas: tengo ganas. Ya te escribiré, Quique. idem: idem.

Tu paloma anual, Toni. Que siga llegándome año tras año tras año. Una buena bandada tengo ya. Yo, a falta de dotes pictóricas, salvo las (insuperables) que necesitan para hacer mi genial [*dibujo de un pez*] os mando esos pajarracos nipones que también parecen poder navegar por el aire y aun por el agua.

Comprendo que el caos del correo navideño retrasará ésta más aún. Horror. ¡Abrazos! Vicente. Diciembre 80.

¡Abrazos y besos! Blanca [*letra manuscrita diferente*]

¿Triunfó Victoruela en su estreno? ¿o no hubo estreno aún?

[carta 2.^a]

24-VI-81

Querido Toni: [*letra manuscrita*]

Dos líneas, siquiera dos líneas antes de que emprendas ese viaje por tierras rusas, seguramente interesantísimo. Si ésta no te llega a tiempo para decirte «Feliz viaje» y all the best y todo eso, que te diga a tu regreso «Hola» y «Bienvenido» y todo eso.

Creo que valdrá la pena la experiencia. No veo que te pueda perjudicar en ningún sentido. Nada, fenómeno. Invitación merecida, además. Supongo que irás acompañado de Victoruela. También para ella mi «All the best» and all that jazz.

Nunca me has dicho cuándo estrenabas tu próxima obra. Dímelo un día.

A pesar de este tono liviano no estoy muy, muy bien. De moral, quiero decir. Llevo ya casi un mes en casa trabajando todo cuanto puedo en mi novela. Comprendo que no puedo llegar a presentarme a ninguno de los concursos que me interesan. He hecho un esfuerzo bestial, al extremo de terminar algunos días con bastante fiebre (alarmante). Fue, al dejar la maldita oficina, la ansiedad acumulada en un embalse que rompió la presa. Calma, calma. O realmente voy a joder^{me}. Calma. Creo que vale la pena la monstruosidad que llevo entre manos, pero he decidido frenar. Seguiré trabajando, por supuesto,

y bastante, pero no matándome. Una serie de circunstancias en las que no quiero entrar para no meterme en una carta demasiado larga me obligan a no demorar demasiado la terminación del libro (está «fechado», como dicen por aquí, por algunos acontecimientos). A pesar de todo, calma.

Sí, fue al último «Lope de Vega», ya fallado – como demasiado sabes –, al que presenté aquello en un arranque de estupidez. No, no me afectó nada el desenlace, esperado. Vergüenza íntima sí que sentí. Yo no cometo esos disparates, yo me prohíbo hacer eso. Pero.

De Castillo Puche, ni palabra. Tampoco me preocupa nada la cosa, pero quiero (por encima de todo) recuperar el original. Ya no sé cómo pedirselo. ¿Estará ya perdido? Creo que voy a telefonarle un día (ya lo he hecho varias veces, desde Madrid mismo y desde Valencia). Créeme, y añado esto para tranquilizarte: no deseo en absoluto ver eso publicado así, no tengo ninguna zozobra, sólo quiero impedir que se quede rodando por esos mundos un texto mío.

Supongo que el viaje acorta o interrumpe tus vacaciones en el hostal. Y supongo que de Moscú te irás directo a Navacerrada. Pásalo fenomenalmente bien, olvídate de todo, de todo, de todo...

Quizá nosotros nos vayamos al Faro de Cullera algo después del 20 de julio. No he de regresar a la oficina asesina (a mi cárcel de horas) hasta el 1.º de septiembre, pero quiero seguir trabajando en lo mío unas semanas más (sé que allá – mar, luz, vino e insolación permanentes – no hay nada que hacer: sin embargo, ¡cómo deseo todo eso, cuánto lo necesito!).

Fin.

¡Abrazos a todos! [*letra manuscrita*]

Vicente [*letra manuscrita*]

[*carta 3.ª*]

9-X-82

Querido Toni: [*letra manuscrita*]

Sin más tardanza y sin nada urgente que decir, pero achuchado por la conciencia que no me deja no saber que te debo carta desde hace...?, allá va. Quise escribirte desde la Caleta, allá junto al Faro de Cullera, pero quizá la fase en que más aprisa se me escapa el tiempo es la de las vacaciones. Y ya llevo aquí bastante más de un mes y no recuerdo nada del verano ni sé si existió y, en fin. FIN.

Pese a todo, hace varias semanas que leí «Diana». Mira, formidable. Ya lo creo que me trajo la música desvaída del tiempo que no vuelve. El cuento, del

que no fui reconociendo sino jirones borrosos, me gustó bastante. Le encuentro resonancias románticas y antañonas que llevan al humo del Lisboa y a la incertidumbre de aquellos años difícilísimos y sin embargo, porque no tenemos remedio (o sea, que somos irremediables), acariciados en la distancia. Sin violentar la trama le descubro también un drama (antañón y romántico). Nos derrotaste al Pavorro y a mí, a los demás merecidamente. Te confesaré que el mero recuerdo del cuento con el que yo, si recuerdo bien, me clasifiqué en segundo lugar, justo detrás de ti, me avergüenza desde hace muchos años. «Los albaricoques»: así se titulaba. Apareció luego (me parece que me lo pidió Arturo del Hoyo) en *Ínsula* y en una de esas antologías que de cuando en cuando el Pavorro se ha guisado y se ha comido. No resisto ese relato, me crispa, es un modelo de cursilancia y de gilipollez estética. ¡Cuánto daría ahora por no haberlo escrito! Pienso con frecuencia que de las muchas amarguras nacidas del no haber podido publicar bastantes veces, me ha quedado una compensación: no haber publicado tanto: no tener por esos mundos demasiadas cosas de las que avergonzarme. Francamente. Recuerdo algunos casos muy concretos.

«Caimán» lo estoy leyendo. Si no te escribo en este rato de este sábado, tendré que esperar bastantes días para poder hacerlo. Lo sé. Sigo, pues. Estoy leyendo eso muy poco a poco. En el metro; te parecerá exagerado, pero me sería muy difícil, en estas semanas de trabajo agotador y urgente que atravieso (una especie de asamblea me exige a veces hasta hacer horas nocturnas), encontrar otra posibilidad. Y sin pararme a señalar evocaciones de otras obras tuyas que tu manera inconfundible de hacer teatro despierta en ésta, y sin pedantear, te diré que la lectura de eso me resulta francamente interesante. Quisiera dar a esta expresión un acento sencillito. Me interesa eso como una novela muy interesante, de las que te alegra que no se acaben y te cabrea no poder acabar. Voy ya por la página 87: «Néstor – Qué sé yo. Porros... / Charito – ¿Por qué me lo pregunta?». Por ahí. Veremos en qué queda todo. De momento comprendo como no podía comprender antes el error o la cabronada que fue guillotinar la vida de esa obra como espectáculo; ^{de} esa obra última tuya, pero sólo hasta aquí, de ningún modo «(¿última?)», como, posiblemente con gran cansancio, teme tu dedicatoria. Venga, adelante. Tengo ganas de ir por Madrid. Hace ya mucho tiempo que no voy. Parece que esto no tenga nada que ver con lo que te iba diciendo de «Caimán», pero sí que tiene que ver. Hablaríamos. No sé si me arrancaré por Navidad. No lo sé.

Belín recuperó por fin el maltrecho original que a través de Castillo Puche parecía haber desaparecido en un laberinto o en un pozo. Le bastó a Belín con acercarse un día a la Editora Nacional y pedirlo. Quiero decir sencillísimamente que un esfuerzo muy pequeño de ese tío, a quien yo había rogado por teléfono

desde Madrid, desde Valencia y desde aquí, y también por carta, que hiciese algo por conseguir que algo que era mío me fuese devuelto, habría bastado sin duda para resolverlo todo hace muchos, muchos meses. La vida es jodida. Me he quedado pensando y todo lo que se me ha ocurrido añadir ha sido eso: la vida es jodida.

Demostrará eso también muy probablemente el fallo, ya inminente, del «Planeta». ¡Qué fallo! Le digo a Bla que aún estoy a tiempo de retirar mi «Buhardilla» (ya hablaremos un día de ese título, qué más da ahora), me obliga a callarme... Sí que es jodida la vida. Una hijoputez del destino relacionada con la génesis de esa novela me reveló el verano pasado cuánto escasea la verdadera amistad. Pero si empiezo a considerar este enigma, no termino. Y tengo que terminar. Quizá un día te cuente.

Ya te figuras que vivimos aquí paso a paso la actualidad española. Ganará con toda probabilidad Felipe, ¿conviene totalmente que gane Felipe? Me parece tan vulnerable su situación viéndole en el poder, no en la oposición, que me asusta su victoria tan deseada. Ahora bien, todo es preferible al triunfo de Fraga.

Pero tengo que cortar ya. O se queda ésta aquí hasta el lunes. Ya hablaremos.

¿Sigue Quique de sorche, ya es sorche Carlos? Vicent se va librando de esa maldición [fi]rmando todos los años en el Consulado. Dentro de un par de años o por ahí estará definitivamente libre (por lo que respecta a la mili carpetovetónica). Y Victoruela, y tú: ¿todos bien? Nosotros, tirándolo. Que no es poco.

¡Abrazos! [*letra manuscrita*]

Vicente [*letra manuscrita*]

[*carta 4.^a*]

6-XII-82

Querido Toni: [*letra manuscrita*]

Hace ya muchos días, claro, que quiero contarte cosas. No terminan de concretarse esas cosas y finalmente opto por escribirte. Estoy pasando horas que se enhebran en días y semanas y semanas de tensión, cabreo, agotamiento. Todo contra un fondo de trabajo brutal. Poco después de hablar contigo por última vez le escribí a Enrique Badosa rogándole una respuesta rápida. Hay algo, le decía, peor que un no: un no tardío. Venía a decirle también que yo deseaba que Plaza & Janés me aceptasen la novela (no lo deseo, tras la posibilidad de Argos Vergara, y dije eso sin demasiado entusiasmo, pero de algún modo tenía que decirlo para no estar en contradicción conmigo mismo, esto es, con mi

ofrecimiento), para añadir que sin embargo tenía o veía otras perspectivas que quería explorar. Y poco después de eso, creyendo que el NO de Badosa estaba a punto de llegar, le escribí a Rafael Soriano dándole gracias muy sinceras por su carta y diciéndole que *yo creía* que muy en breve volvería a ponerme en contacto con él; que estaba introduciendo correcciones (cortes, sobre todo – ¡trabajo terrible!) en la novela, que andaba demasiado ocupado... No le mentía en absoluto. Sólo me faltó decirle que esperaba de un momento a otro el NO de los otros. No ha llegado ese NO. Ni su Sí. No ha llegado nada. Hace ya más de seis semanas que entregué el original a Badosa en Barcelona. La semana pasada le telefoneé 8 veces (muchas más veces, si cuento las llamadas a su casa, que siempre murieron contra un teléfono «comunicando»): 4 a P.& Janés, 4 al periódico en que también trabaja. Siempre me contestaron entes femeninos, no siempre simpáticos. De pronto, «el Sr. Badosa se ha ido de viaje». Estuve casi seguro de que se me escondía, terminé casi seguro de que no se me escondía. Le hablé con bastante claridad y con no escasa impaciencia a su secretaria, que no es de los entes antipáticos. Esta semana volveré a la carga. Telefónica, desde luego. Aunque me arruine. Ya por joder. No me parece imposible arrancar una respuesta por teléfono, que podría llevar consigo la ruptura con esa gente. No deseo esa ruptura, pero tengo razones que me sobran para negarme ya a tragar un pelo. Pase lo que pase, mi deseo es, hoy por hoy, llamarle entonces a Soriano, concertar con él una entrevista y plantarme en Barcelona a verle. Si llevo el mamotreto, bien; si no, le llevaré una explicación que acaso a él le resulte difícil de creer, porque sencillamente contendré la verdad. Le ofreceré otro libro (que aún no tengo preparado, por supuesto), trataría de rehacer y de salvar esa relación que se inició gracias a ti.

[A partir de aquí, en letra manuscrita]

Intento terminar ésta en mi cárcel de tiempo hoy. Te escribí lo de arriba ayer muy tempranito, en mi buhardilla. Ya estamos, ¡una vez más!, en el fatídico mes final... Me parece que voy a inventar un calendario que no tenga números ni nombres de días ni de meses, que sólo tenga cuadraditos en blanco, muchos cuadraditos de tiempo y de nada... Fuera. Locura senil. Efectivamente, sin embargo, ya en un nuevo diciembre, y sintiéndome tan Piscis como siempre, te mandaré mi

... 1982 [dibujo de un pez] ... 1983...

lleno de incertidumbre pero también de felicitaciones para todos los Buero. Este año, además, vamos a poder repetiros esas felicitaciones perso//nalmente todos los Soto: los 4 nos plantaremos en Madrid en viaje relámpago, recién pasada la Navidad y antes de la Noche Vieja. Entonces te daré la continuación

o la conclusión del rollo esbozado en el párrafo mecanografiado. Y hablaremos de cosas. Pocas, muchas... Quién sabe. «Caimán»: obra estupenda. Recuerdo la reseña de López Sancho.

Pero me obligan a cortar ahora. Tenemos ganas de ir, tenemos ganas de veros. No sé, el 28, el 29, x ahí, te telefonaré, ya en Madrid.

A ver si están los chicos ahí.

¡Abrazos a todos!

Vicente

[*carta 5.^a*]

12-III-83

Querido Toni: [*letra manuscrita*]

Sólo dos líneas. O poco más. No sé si exageraré diciendo que en los casi treinta años que llevo aquí no he vivido una fase de trabajo y atosigamiento tan absurdo como éste; no lo sé, porque de esas fases las tengo a montones en ese largo tiempo. Pero quizá no exagere. A una avalancha repugnante de papeles traducidos que revisar (asambleas, conferencias) se unió la necesidad de corregir las pruebas de la novela contra reloj (y te aseguro que la tarea, por los cortes y las innovaciones, y por los errores de ellos y mis modificaciones, fue agotadora), amén de las mil notas y notitas que me han pedido que escriba como base para la bibliografía que ellos necesitan preparar. Hoy mismo he de escribir 8 o 9 folios (repelente, horrible: sobre mí mismo), *a toda prisa*, además, porque la novela entra también en algo que se llama «Bibliotheca del Fénice», que dirige Carlos Barral, y necesitan (me pregunto: ¿por qué?) esos datos míos. No sé qué bibliotheca es ésa ni si la inclusión de mi novela en ella supone una distinción. Quizá sí. Bueno. Y además, casi toda la semana pasada estuve en la cuneta con un gripazo de aúpa.

Total: total, que llevo queriendo escribirte o hablarte por teléfono hace muchos días. No, no es fácil, por mis horarios de trabajo, dar con un momento oportuno para telefonar. Bueno. Al grano. Sospecho que iré por ahí, por Madrid, hacia el 7 de abril. En todas estas relaciones literariocomerciales hay ciertos elementos de botatería que me dejan a oscuras. Aún no sé con certeza en qué fecha debo estar ahí y, por supuesto, aún no sé si te hablaron ya a ti de la presentación del libro. Por teléfono me dijo Rafael Soriano que de eso se encargaría Mónica no sé qué más (Fein, un apellido así – si eso es apellido – soltó). Te lo repito, Toni: a la vez que yo no sugerí eso (yo no sabía en principio ni que el libro iba a ser presentado en Madrid), para mí sería una enorme

satisfacción y *un honor* que tú fueses el presentador. A continuación de lo cual voy a rogarte, con la sinceridad que entre nosotros debe mediar siempre, dos cosas. 1.^a cosa: si no te atrae la [ilegible] perspectiva por razones tuyas (que estés cansado, que te atraigan poco estas cachupinadas, etc.), rechaza la petición. Por favor. Pero, 2.^a cosa: si quieres no actuar por considerar, como me dijiste, que tu «mal momento entre algunos críticos» (por llamarlo a prisa de alguna manera) podría perjudicarme, entonces yo te pido seriamente que actúes. Que lo hagas por mí. Precisamente. No sabes lo bien que me va a mí esa ráfaga de adversidad. Palabra, palabra. No sabes cuánto me gustaría que esos críticos y esa gente estuviesen ya, por verme y sentirme a tu lado, de antemano en contra mía. Esto es bastante oscuro y muy verdad. Me llevaría un rato (que no tengo) razonarlo. Please, please: no te me apartes si ésta es la razón. Adelante, que se jodan un millón de millones de veces.

Claro, a estas alturas no sé aún si te hablaron, si siguen pensando en hablarte (tendría que enviarte la novela de antemano, huelga decirlo), si con certidumbre absoluta he de ir a Madrid. Eso que te decía de la botatería. Mucha simpatía telefónica, grandes protestas de amistad, seriedad, igualdad y fraternidad, y... Y todo en el aire. Me da ya no sé qué volverles a llamar.

Corto. Me esperan esos horripilantes folios. No sé si inventarme un crimen para llenarlos. ¿Cómo está Quique, cómo estáis todos?

¡Abrazos! Vicente [*letra manuscrita*]
(Dos líneas, decía yo). [*letra manuscrita*]

Son las 8 de la mañana. Salgo un momento a Correos para volver a mis horripilantes datos bibliotecarios...

[*carta 6.^a*]

13-IV-83

Querido Toni:

Ya te escribiré, querido Toni. Ahora sólo te diré que en mi memoria quedará el recuerdo de tu presentación de «Tres pesetas...». He ahí uno de los *buenos* momentos inolvidables de mi vida.

Volví agotado y satisfecho, con satisfacción moderada por un saludable escepticismo. Adelante.

Me ahoga como nunca esta cárcel de horas. Tengo que fugarme.

Me parece – me parece – que el caimancito te pide «más, más, más». Algo así. Yéndose hacia la izquierda. Corto. Abrazos. Vicente.

Besos y abrazos, Ya te escribiré, Victoruela. Blanca [*letra manuscrita de Blanca García*]

[carta 7.^a]

17-V-83

Querido Toni:

[...] No es imposible, aunque es improbable, que vayamos por ahí a fines de mes (Feria del Libro). Rafael Soriano, simpático, emprendedor y desconcertante, me desconcierta. Sé que te pidió que escribieses algo acerca de mi novela. Me opuse cuando, por teléfono (ya yo había regresado de España), me dijo que iba a hacerlo, aunque comprendí luego que debí haberme opuesto con más energía (me había hablado de otros posibles disparates). Intenté hablarle de nuevo, ya no pude («Está en otro teléfono»), confié en que con lo que le había dicho bastaría para disuadirle. Es tenaz. Al rato de haber salido del hospital le llamé: me dijo que habías rechazado la sugerencia con amistad y cortesía, y él pareció haber comprendido por fin. Me cabreó mucho que te hubiese hablado y me produjo satisfacción tu negativa. Ya hablaremos, sobre todo de las propuestas disparatadas que me hizo como alternativa a tu posible artículo. Quiero por encima de todo terminar ésta hoy (18). No van o no iban bien las ventas de la novela. Esto, por Argos Vergara mucho más que por mí, me desalienta (fue esa noticia la que me dejó sin energía para prohibirle a R.S. que te hiciese la sugerencia). Y de críticas, nada. Que yo sepa. Ni la de Rosendo. Quizá no es aún tarde...

Me telefonea Belín desde casa. Hombre, noticia simpática: desde Madrid, el PSOE me ha enviado un telegrama agradeciéndome en términos emocionales un dinerillo que di al partido (en Castellar y Villacarrillo). Tampoco con nadie he hablado de ese dinero y me parece que lo cito aquí porque la conmovedora noticia del telegrama me ha salido al paso.

He de terminar. O no termino. Contento con el // nuevo éxito «socialista municipal» de ahí, desorientado ante las declaraciones de Felipe en Alemania, horrorizado ante la horrible victoria Thatcheriana que se nos viene encima...

Me encantó la entrevista que te hicieron antes de ese pregón, que aún no sé cómo salió. Un amigo de ahí me envió fotocopia, no sé si de lo publicado en *El País* (buenas fotos gesticulantes tuyas, referencia nostálgica al Lisboa – que por la parte que me toca te agradezco – estupendo final en torno al cambio de nombre de tu calle).

Me impresionó ahí ver a Corrales y quizá me impresionó más ver a Agustín. Fuera, fuera, fuera.

Sí, tuvimos que decir adiós al sueño del piso en General Díaz Porlier, 36...

Abrazos fuertes. Imposible seguir. Si vamos, te lo diré. Si no vamos, mi ausencia te lo dirá.

¡Abrazos! Vicente [*letra manuscrita*]

[*carta 8.ª*]

30-X-83

Querido Toni: [*letra manuscrita*]

Llegó Bla llena de recuerdos alegres de Madrid y de añoranza de Belín. Es jodido esto. Me hace a mí mucha falta mi hija. Fuera. A la vez, claro, contentos (aunque con cautela, de momento) ante la promesa que parece encerrar esta nueva fase de su vida.

Gracias, gracias a todos vosotros por la estupenda acogida que brindasteis a las dos. Claro, esto ya lo sabía yo.

Y enhorabuena tremenda, grande, por ese estreno en Baltimore. Por ese ensueño llevado a Baltimore. Jo. Coincidirá más o menos, me figuro, con el estreno de «Diálogo secreto». Me decías, y Blanca me confirma algo, que está aún verde la preparación (contratación de actores, elección de sala, etc.) del estreno de esto último. Confíemos. Confíemos en que todo se andará... aprisita. ¿Vas a América? Supongo que no, supongo que ni ese estreno te mueve a ti. Pero adelante. Quizá tienes razón.

El exceso repugnante de trabajo (constantemente me traigo documentos de la cárcel para revisar en casa) y el zarandeo de la vida me impiden concentrarme en mi nueva novela. La cual, [~~debería~~] por elemental sentido común, ^{debería} publicar cuanto antes. «Tres pesetas...» ha recordado a bastantes que existo. Hasta aquí mi sino ha sido ^{tener que} resucitar cada vez que he reaparecido. Jo. Qué haría yo, qué. Quiero librarme el año próximo de algunos meses de cárcel, pero es que la cosa urge más que eso. Para el año próximo yo debería tener terminada la novela... Qué va.

Con tres meses y medio de retraso recibo de Argos Vergara una recensión de Antonio Valencia sobre «Tres pesetas...». Apareció eso en «Diario de Navarra» el 17 de julio. Quizá en otras partes también. No lo sé. Estudio francamente bueno. No te lo mando porque ya está bien de rollos. Sí, me satisfizo leer eso tras haber empezado la lectura con cierto recelo, por conocer – o creer conocer – la tendencia política del crítico. Nada, reacción de lo más positiva. Limpia. No conozco a este hombre, pero tengo que escribirle. Brevemente, por supuesto.

Como te dije, no espero llevarme el Premio Nacional. Ni hablar. Eso no es para mí. Raro: haber sabido esto dentro de mí, no me ayudará en absoluto

a superar la decepción que me producirá cuando llegue, la noticia de que acerté. Pero qué voy a hacer. Pues nada, aguantar mecha. Contentillo por haber sido seleccionado. La sorpresa fue grande: yo no sabía siquiera que se estaba preparando esa selección.

Sí, me reafirma en mi escepticismo ver entre esos nombres el de Pardo. Ocurrió ahí una cosa curiosa: no caí en que se trataba de él cuando leí su nombre (hace siglos que no nos vemos); me sonaba a nombre vagamente conocido de un vago escritor desconocido... Fue un ex compañero de la BBC quien el otro día me señaló quién era este Pardo. Me dice Bla que tú encuentras cosas valiosas en su novela: estoy seguro (sólo después de esto) de que las tendrá. A mí no me guía otra cosa que el recuerdo poco agradable, poquísimo agradable de este tío. ¿Basta esto para enjuiciar una novela? No. No.

Señalabas en tu última los patinazos y la inexperiencia de nuestro juvenil gobierno socialista. Estoy de acuerdo y algunas veces he estado triste. Quisiera // uno poder ayudar... ¿cómo? Creo sin embargo (veo que tú también lo sospechas) que su actuación es con frecuencia forzosísima. Ha de ser un constante andar por la cuerda floja aguantar, en el actual tinglado de Occidente (bajo el signo espeluznante de Reagan), con un gobierno y un programa socialistas. Yo creo, pese a todo, que sería bueno para España que Felipe o quien hubiese de sucederle siguiesen. Importa, importa que la gente identifique falacias y tabúes y se acostumbren hasta gustar de ello, a vivir con y en el socialismo. El nombre hace a la cosa: ya lo creo. Pasa, además, y eso sí que es jodido, que hoy por hoy no hay otra alternativa que la de Fraga. Espeluznante como Reagan. Armonizan ya.

En fin. En fin. Termino. Ah, pasó por aquí Tuñón. Claro. Quiero decirte que hizo una referencia colosal a «Historia de una escalera» en la conferencia que dio en el Instituto de España sobre la evolución de la cultura en la larga fase del franquismo. Muy bien, francamente. Pasamos juntos largos ratos buenos. Nos conocimos en la FUE (Concordia, 6, Valencia) no sé si en el 36 o en el 37. Y teníamos tantas cosas que contarnos... Porque también en la posguerra convivimos en Madrid. Es un sabio gesticulante lleno de experiencia y de inexperiencia. Palabra. Y su mujer, sin duda simpática y buena, es, puesta a hablar, un harem de... digamos cincuenta mujeres. Jo. Pobre Bla. Muda.

Ahora sí que termino. Cómo estará mi hija. Mi puñetera hija. Pues muy bien. Claro que sí.

Abrazos! [*letra manuscrita*]

Vicente [*letra manuscrita*]

Ya me ha hablado Bla de la buena actuación de Quique en no sé qué infamia del Martín Recuerda. Formi. Adelante.